

»En su nombre, en su nombre mi venganza
Para que digna de mi encono sea,
Se saciará, poniéndole el vil sello
De maldición sin fin, de infamia eterna.

»Así pensó Giafar: su fantasía
Abrazó con placer tales ideas,
Y al aprestarse á darles cumplimiento,
El éxito terrible saborea.

»Grandes obsequios y afectada pompa
De Lara el noble en derredor desplega;
Oye atento y afable su embajada,
Y que á todo se allana, le demuestra,

»Por respeto á su nombre y su persona,
Y con elogios mil lo lisonjea.
Establecióse un armisticio, y luégo
Solemnes pactos de inviolable tregua,

»Exigiendo tan sólo de Castilla
Corto tributo á fuer de recompensa,
Y en rehenes del tratado dos presidios,
Que ocupaba el cristiano en la frontera.

»Del éxito feliz de su mensaje
Ufano Gustios, regresar anhela
Para anunciarlo á Burgos por sí mismo;
Mas Giafar le detiene, le sujeta

»Con fingido pretexto, y le decide
A enviar un caballero con presteza,
Que lleve al conde Sancho de Castilla
De la ajustada paz la ansiada nueva.

»Yo en tanto disfrutar la compañía
Pude en mi patria de mi amigo apénas.
Giafar sabia mi amistad con Lara,
Y la temió; y habiéndose en Valencia

»Por aquel tiempo un jeque declarado
En rebelion, mandóme á toda priesa
Marchar á sujetarlo; cargo honroso,
Que renunciar no pude, aunque quisiera.

»Al dejar estos muros, en mis brazos
Estreché á Gustios con el alma llena
De atroz presentimiento; y, parte pronto,
Le dijo sólo mi afligida lengua.

»Quedóse á mi pesar. Llegó el tratado
A Burgos, que gozosa con la tregua,
Se alzó del hondo espanto en que yacía
Cesando sus aprestos de defensa.

»Entregó los castillos concertados,
El tributo tambien, y las banderas
Dispersó ya reunidas en los campos,
Y al dulce sueño de la paz se entrega.

»¡Oh Castilla infeliz y descuidada!
Por Giafar avisados con reserva
Juzef y los caudillos, que escondidos
Se mantuvieron siempre en la frontera;

»En cuanto desarmados á los pueblos
Vieron, y sus mesnadas ya dispersas,
Entraron furibundos á mansalva,
Fuego, sangre, exterminio, muerte, guerra,

»Y esclavitud sembrando hasta la orilla
Del claro Arlanza; y al clamor que suena,
Présago de ruina inevitable,
De Burgos retemblaron las almenas.

»El Conde, el Arzobispo, el pueblo todo,
Que es de Lara traicion al punto piensan;
De Lara que ha querido adormecerlos,
Para vengar á salvo sus ofensas;

»Mas del último apuro los cristianos
Sacando nuevo ardor y saña nueva,
Resuélvense á morir como valientes
En noble y obstinada resistencia.

»En tanto la invasion de nuestras huestes,
Sus rápidas victorias y proezas
En Córdoba muy luégo resonaron,
Llenando á Lara de mortal sorpresa.

»Corre al alcázar, á Giafar pregunta,
Si de atentado tal la fama es cierta;
Y Giafar con frialdad y atroz sonrisa,
Con tono de desprecio le contesta:

»La paz reinaba, cuando allá en tu corte
Derramasteis la sangre sarracena:
No es extraño que corra la cristiana,
Cuando aún no bien segura está una tregua.

»Gustios de indignacion tiembla, y sañudo
Iba á dar al Wacir noble respuesta,
Cuando de una victoria conseguida
Por los cristianos arribó la nueva.

»Irritado Giafar al recibirla,
Prender á Lara el denodado ordena,
En una honda mazmorra sepultarle,
Abrumarle de hierros y cadenas,

»Y pasar á cuchillo á los cristianos
De su séquito. En vano en la alta diestra
De Gustios un instante ardió la espada,
Y aún se tiñó de sangre. Le rodea

»Armada turba, que le arrastra al punto
Al hondo seno de prision estrecha,
Mientras que de los suyos descuidados
Saltaron de los hombros las cabezas.

»Fué la noticia del cristiano triunfo
Que causó tal trastorno, verdadera:
La desesperacion dió al castellano
Aquel valor que todo lo atropella,

»Se armaron en tumulto, sus campiñas
Talaron, escondieron en la sierra
Sus ancianos, sus niños, sus mujeres;
Y jurando morir en la defensa

»De su Dios, de sus leyes, de su patria,
Con Velazquez y el Conde á la cabeza,
A la lid se arrojaron cual leones,
Y la victoria fué su recompensa.

»Pero aunque remediaron su peligro
Rechazando á Juzef, quedó una guerra
Empeñada, de fin incierto y largo,
Costosa á entrambos pueblos, y molesta.

»Burgos, exhausta y pobre, no podia
Sin nuevos descalabros sostenerla;
Y á Córdoba, perdido el primer golpe,
Y con serios disturbios en Valencia,

»Donde eran vanos mis esfuerzos todos
Proseguirla tambien difícil era.
De paz y de quietud necesitaban
Ambas naciones... Pero ¿cómo haberlas?

»De Lara la prision y el exterminio
De los suyos de Arlanza en las riberas
Resonaron muy pronto; mas no hicieron
En Castilla impresion. La falsa idea,

»Por el mismo Giafar acalorada,
De que traidor con engañosas nuevas
Vender á su nacion habia intentado,
No estaba desmentida ni deshecha;

»Antes bien apoyada por Velazquez,
Que enajenado contemplaba en ella
Un campo dilatado y abundoso,
En que dar pasto á su venganza horrenda.

»Donde llenó de indignacion los pechos,
Fué allá en Leon, en que adorados eran
Los siete Infantes, los gallardos hijos
Del infeliz que estaba entre cadenas.

»Ellos, apénas la cruel noticia
El corazon les traspasó cual flecha,
No lágrimas inútiles vertieron,
No al cielo alzaron impotentes quejas;

»La libertad del padre y la venganza
Juraron, de furor las almas llenas:
Su pendon arbolaron; noble hueste
De la florida juventud leonesa

»Y de fieles vasallos de su padre,
Que al són de sus clarines se reunieran,
Juntaron con presura; y se arrojaron,
En el Eterno su esperanza puesta,

»A arrollar nuestro imperio poderoso,
Esperando plantar en las almenas
De Córdoba triunfantes sus pendones,
Y al padre rescatar á viva fuerza.

»¡Disculpable arrogancia, pues nacia
De justa indignacion!... Pero no era,
Por fortuna de Córdoba, á sus brios
Y á su noble furor igual la empresa.

»Los jóvenes incautos los consejos
Despreciando de Nuño y la experiencia,
Que temió con razon que al precipicio
Su arrojo y ciego ardor los condujera;

»Como torrente que bramando rompe
Hinchado y ronco el cauce que lo enfrena,
Pasaron nuestro término... ¡Infelices!...
¡Qué sima estaba ante sus piés abierta!

—»Giafar, que informe recibió al momento
De sus nobles designios, con reserva
A Burgos despachó su confidente,
Para hacer á Eliazim la atroz propuesta

»De entablar paz segura con Velazquez,
Si los hijos de Lara se le entregan.
No fué preciso más: un negro crimen
A otro, y á otro, y á mil abre la puerta;

»Pues como el risco, así que se desprende
De la ardua cumbre de empinada sierra,
Crece en velocidad, en peso, en furia,
Al bajar despeñado por la cuesta;

»El mortal que se arroja de delitos
Y atrocidades á la sima horrenda,
Mientras comete más, más se enfurece,
Y mientras se hunde más, más los anhela.

—»Los siete hermanos, ¡miseros! principio
A su noble venganza heróico dieran:
Todo á sus lanzas invencibles cede,
Y todo sus caballos lo atropellan;

»Mas ni una sola voz ni un solo paso
Daban, sin que al momento lo supiera
El sagaz Abdalá, feroz guerrero,
A quien Giafar mandara á toda priesa

»A observarlos astuto y destruirlos,
Con órdenes atroces y secretas.
¡Dos traidores ganados por Velazquez
Los confidentes de sus planes eran!!!

»Tres lunas entre tanto Gustios Lara
Pasado había en la prision estrecha,
En donde del quebranto, de la angustia
Y del despecho víctima cayera,

»Si un Genio bienhechor de tiempo en tiempo
No bajara á endulzar su suerte acerba,
Y á hacerle tolerable por lo ménos
El peso abrumador de las cadenas;

»Cuando á deshora oyó las fuertes barras
Correrse y los cerrojos; vió la puerta
Abrirse de repente, y dos esclavos
Entrando, darle de respeto muestras.

»Quedó absorto al mirarlos, y pasmóse
Al escuchar que libre está, y que ordena
El potente Giafar que de allí salga,
Y que al punto se ponga en su presencia.

»El sol ardía en la mitad del cielo,
Y al bañarle la faz, á las tinieblas
Acostumbrada, deslumbróle á punto
Que de venir al suelo estuvo cerca.

»Fué socorrido por los dos esclavos,
Un corredor larguísimo atraviesa,
Un patio solitario y una arcada,
Luégo un jardin, y al regio alcázar llega.

»En un salon turbado le recibe,
Y aun trémulo, Giafar, que al verle afecta
Interés y respeto, y á su lado
En almohadon de púrpura lo asienta,

»Y procurando dar á su semblante
La expresion grata de amistad sincera,
Así le dice con confuso acento,
Actitud de raposa, ojos de hiena:

»Razon de Estado tu prision tan sólo
Podido ha motivar... Los que gobiernan,
Harto lo sabes tú, viven sujetos
A obrar tal vez lo mismo que condenan.

»Pero otro tiempo es ya... tiempo dichoso,
Pues que me proporciona darte pruebas
De que no olvido que tu heróico esfuerzo
Una vez consiguió la gloria excelsa

»De arrancarme un laurel, robarme un triunfo.
Sí... los guerreros, que cual tú pelean,
Honran á los que vencen... ¡Gustios Lara!
Desde el dia fatal con impaciencia

»He esperado el momento que ya toco,
De entablar amistad contigo eterna!!!
Ya no eres mi cautivo: entre Castilla
Y el imperio andaluz las paces reinan:

»Torna á lograr de tu valor el premio.
Mas ántes tu constancia y fortaleza
Voy á probar, haciéndote un presente
Digno de tí y de mí. Calló, y respuesta

»No recibió de Gustios, que dudoso,
Por más que quiere, á responder no acierta.
Y el asiento dejando, en otra sala,
Precediendo Giafar, entrambos entran.

»Solitaria y magnífica, cual todas,
Tenía en medio una espaciosa mesa,
En donde varios bultos ocultaba
De damasco ormesí rica cubierta.

»Gustios la mira, y le palpita el pecho;
Con el dedo Giafar se la demuestra;
Y, allí el regalo está, con risa amarga
Dice, y del brazo asiéndole, lo acerca;

»Y de pronto tirando del tapete,
Hé aquí de mi amistad la sola prenda,
Grita con voz de trueno, y muestra al padre
De los amados hijos las cabezas.»—

¡Qué horror! ¡Qué horror!... al escuchar Mu-
Atrocidad tan detestable y negra, (darra
Exclamó; y levantóse, retemblando,
Del mármol que de asiento le sirviera.

Zaide quedó en silencio, las mejillas
De amarillez y lágrimas cubiertas,
Y los siete cipreses que cercaban
El sitio aquel, sus puntas verdinegras

Agitaron á un soplo repentino
Con lúgubre rumor, cual si tuvieran
Instinto de tomar en tal momento
Parte tambien en la solemne escena.

Quedando en pié Mudarra, hondo suspiro
Arrojó Zaide; y con cansada lengua
Anudó el hilo de la horrible historia,
Y prosiguió en decir de esta manera:

«Sí, el noble Lara, el desdichado padre
Vió de sus siete hijos las cabezas,
Encima del bufete, en una fila,
Y por orden de edad ¡ay triste! puestas.

TOMO I

»Aunque desfiguradas y espantables,
Cual de léjos traídas, y entre yerbas,
Espíritus y sales conservadas,
Distinguió en cada cual las propias señas.

»En estatua de hielo convertido,
Fijos los ojos, sin moverse, en ellas,
Y los latidos del hinchado pecho
Dando tan sólo en él de vida muestras,

»Quedó Lara infeliz... ¡Ah! ¿cómo puede
Mi débil voz la situacion horrenda
Con palabras pintar?... Padre es preciso,
Padre es preciso ser, para entenderla.

»Un esclavo que oculto allí con otros,
Por orden de Giafar, estaba alerta,
Mil veces me ha contado de aquel dia
Hasta las circunstancias más pequeñas.

»Sin habla Gustios, ó mejor, sin vida,
Estuvo sin moverse una gran pieza:
Luégo un temblor ligero, imperceptible
Apareció en sus miembros, y en violenta

»Convulsion terminó; pero tornando
A la inmovilidad, gira y pasea
Los ojos, cual los ojos de un espectro,
Por una y otra de las siete prendas.

»Sonrisa amarga agita un breve instante
Sus labios sin color, y en tanto queman
Sus mejillas dos lágrimas, y luégo
Los tiernos hijos á nombrar comienza,

»Los ojos enclavando en el que nombra,
Y esperando tal vez, ¡ay! su respuesta:
¡Diego!... ¡Martin!... ¡Fernando!... ¡Suerdo!... ¡En-
¡Veremundo!... ¡Gonzalo!... y cuandollega (rico!..

»A este nombre, dos veces lo repite;
Y recobrando esfuerzo y vida nueva,
Entrambas manos trémulas extiende,
Agarra de Gonzalo la cabeza,

»Y la alza; pero al verla sin el cuerpo,
Un grito arroja, y súbito la suelta,
Cual si hecha de encendido hierro fuese.
Empero torna á asirla, se la lleva

»A los labios, y un beso en la insensible
Mejilla imprime... La frialdad horrenda,
La ascosa fetidez sufrir no pudo,
Y como cuerpo muerto cayó en tierra:

»Aquel resto infeliz del hijo suyo
Cayó sobre su pecho, y desde él rueda
Por la alfombra, dejando sucio rastro
De sangre helada, corrompida y negra.

»Ni aún Giafar, ya saciado de venganza,
Pudo aguantar más tiempo tal escena;
Y huyó á esconderse, cual se esconde el tigre,
Cansado de exterminio, en su caverna.»

Quedó Zaide en silencio, y en silencio
Trémulo, confundido, helado, queda
También, cubierto de sudor, Mudarra,
Y con el alma de terror deshecha.

Mas al cabo repúsose, exclamando:
«Gracias, cielos, os doy de que la empresa
Guardasteis para estreno al brazo mio,
De libertar de monstruo tal la tierra!!!

»¡Zaide!... ¡Zaide! ¿es posible que los hombres
De tanta atrocidad capaces sean?...
Mas decidme, decidme: ¿el noble Lara
Tornó á la vida?— Sí; y aún mejor fuera

»Que no tornara, respondióle Zaide;
Y prosiguió diciendo: Las tinieblas
Reinaban de la noche, cuando el triste
En sí volvió, y atado con cadenas

»Se halla en medio del campo, y en los hombros
De dos esclavos negros, que á gran priesa
Cercado de una escolta silenciosa,
De los muros de Córdoba le alejan.

»Mas no estaban del todo sus sentidos
Despiertos, ni expeditas sus potencias;
Y en desórden su mísero cerebro,
Ya de impresion ninguna capaz era.

»Nada pregunta; nadie le hace caso;
Llévanle cual vil fardo; y triste presa
Del mental desarreglo, ni aún memoria
De lo que acaba de pasar, conserva.

»Unas veces tomaba el alimento,
Otras lo rechazaba con violencia;
Ya prorumpe en horribles alaridos,
Ya insensible cadáver ni aún alienta.

»Al confin castellano á pocos días
Así llegó, y al punto de él se entregan
Armígeros dispuestos de antemano,
Que también mudos y con gran presteza,

»A un lejano castillo le conducen,
Dominio de Velazquez, y lo encierran
En solitaria torre, al mismo tiempo
Que por traidor en Burgos le condenan.



»Veinte crudos inviernos han cercado
De nieves, lluvias, tempestades, nieblas
La prision, donde gime el noble Lara,
Y aguarda al vengador de su inocencia.—

»¡Y qué! gritó Mudarra: ¿en los cristianos
No hay honra, no hay valor, no hay quien em-
De tan esclarecido caballero, (prenda
Ya que no la venganza, la defensa?

»Yo volaré á Castilla, y lanza á lanza,
A Velazquez, al Conde, á cuantos sean
De tanto crimen y crueldad culpables,
Combatiré cual bueno... Tal empresa,

»A que el honor y la virtud me llaman,
El cielo mismo acometer me ordena.
Sí, volaré á vengar al noble anciano...—
No pudo proseguir, porque le estrecha

Entre los brazos Zaide, que mil besos
Le imprime en la mejilla, se la riega
Con llanto copiosísimo, y le dice:
«Tal es tu obligacion, cumple con ella.

»Hijo eres tú del desdichado Lara,
Que de tí solo su remedio espera.—
¿Yo su hijo?... ¡Gran Dios!... ¡Zaide!» el mancebo
Exclama absorto, helado, y manifiesta

Tan grande agitacion, que más no puede
Su labio articular; y calla, y tiembla.
Respóndele el anciano: «Sí, hijo suyo,
Y de Zahira.»—A nombre tal se llena

La medida del pecho de Mudarra,
Casi pierde el sentido, y dice apénas:
«Mi leal corazón ya lo sabia...
¡Madre!... ¡ay de mí infelice!... ¡madre tierna!...

»¿Qué destino cruel tan dulce nombre,
Entre tus brazos le negó á mi lengua?»
Su voz ahogóse en lágrimas; y Zaide
Repuesto, prosiguió de esta manera.

«La hermosa flor del cordobés imperio,
Zahira, de virtud y gracias reina,
La tierna hermana de Almanzor glorioso,
Astro de la bondad y la belleza,

»Por mí informada de la ilustre sangre,
De la gloria, valor y gentileza
Del noble Gustios, del señor de Lara,
Le admiró, cuando vino á estas riberas,

»Concibiendo al mirarle el entusiasmo,
Que en las almas sensibles, en las hembras
De estima y de valor, la vista sólo
De un héroe generoso al punto engendra.

»Cuando á partir de pronto me obligaron
Los civiles disturbios á Valencia,
Temiendo de Giafar la atroz perfidia,
Manifestéle cauto mis sospechas,

»Que la hicieron temblar y demudarse,
Aumentar su interés, y estar alerta
Sobre la suerte de mi ilustre amigo,
Blanco infeliz de tramas encubiertas.

»Prendió Giafar al desdichado Lara;
Y al momento Zahira, ansiosa, piensa,
Ya que la libertad darle no puede,
El modo al ménos de aliviar sus penas.

»Hermana de Almanzor el poderoso,
Adorada del pueblo, de opulencia
Gozando sin igual, jóven y hermosa;
¿Qué guardia sus encantos resistiera?

»¿Qué carcelero sus cuantiosos dones?...
¿O qué prision las redobladas puertas,
De su mano al impulso, á su voz sola,
No allanara cerrojos y cadenas?...

»Penetró pues en la mazmorra oscura
Donde yacía Lara, y su presencia,
Cual la de un númen celestial, tornara
En luz consoladora las tinieblas.

»Al cabo convirtióse aquel recinto,
Mansion de horrores, llantos y miserias,
En templo del amor, de amor sublime,
De amor que concertaron las estrellas,

»De amor que te dió el sér, para que el nombre
De una insigne familia no perezca,
Dar reparo á gravísimos desastres,
Y al abatido mundo clara prueba

»De que los justos cielos sin castigo
Los crímenes atroces nunca dejan,
Y que á los inocentes desdichados
Consuelo siempre y vengador reservan.

»El gran Gonzalo... (¡ay triste! aún no sabia
Que de sus siete hijos las cabezas
Iba á ver de sus cuerpos arrancadas)
Tornando padre á ser, con alma llena

»De tierno gozo, en manos de Zahira
Puso ese rico anillo, que mi diestra
Otro tiempo adornó, y ahora la tuya,
De indisoluble amor sagrada prenda,